

EL SIGLO MUSICAL DE FERNÁNDEZ BLANCO

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

A principios del siglo pasado, pronto hará cien años, cuando nació Evaristo Fernández Blanco, no había en Astorga conservatorio de música, que es un logro académico reciente, pero sí una importante actividad musical. Había donde aprender solfeo, estudiar piano, adiestrarse en algún instrumento de viento o de cuerda y centros donde la música no era una cenicienta ni un dibujo de adorno desechable. La Milagrosa o los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el Seminario Diocesano o el Teologado de los Redentoristas cultivaban esos aprendizajes y daban muestras sonoras de tarde en tarde, en veladas, conciertos, actos litúrgicos y profanos. Había también una Banda del Regimiento de Ordenes Militares. Y estaban, sobre todo, el coro de la Catedral y el templete del Jardín como expresión simbólica de las dos palestras clásicas de Astorga que mantenían encendido el fuego sagrado de la música. La música sacra y la música profana. La música sin adjetivos, que no los necesita, porque es materia sustantiva.

Evaristo Fernández, aquel chaval que nació en Astorga en 1902 y que compendia en su segundo apellido -Blanco- una larga tradición musical astorgana (le gustaba comentar que "había muchos Blancos músicos en Astorga") recibió de la sensibilidad de su madre y de un piano de marca Maristany que sonaba en su casa de Astorga, su irremisible vocación a la música y a la interpretación pianística. Siempre estuvo casado Fernández Blanco con ese piano que le acompañó durante su vida y en el que compuso casi toda su obra bajo la atenta mirada de una fotografía de Claude Debussy, un compositor al que admiraba pero que sólo imitó en un *Nocturno* dedicado a Josefina de la Maza.

Había en Astorga, entre otros, un músico de templete que también componía y editaba en sus talleres gráficos de estampación musical - en la calle de la Cubera, 10- su propia obra de creación. Se llamaba Ángel Julián. Y había un músico de coro catedralicio, el maestro de capilla Manuel Ansola, magnífico teclista que puso en práctica el *motu proprio* de Pío X sobre música sacra e implantó el solfeo y el estudio del canto gregoriano en el seminario diocesano. A Manuel Ansola le sucedió como maestro de

capilla Marcelino González. Pues bien, después de unas someras clases con Ángel Julián, Evaristo Fernández Blanco tuvo la suerte de encontrarse sucesivamente con los maestros Ansola y González que le enseñaron los primeros rudimentos de ar-



Evaristo Fernández Blanco a los 27 años, cuando compuso el "Trio en do mayor".

monía y a quienes recordaba con gratitud. "Ansola - en palabras de su alumno Evaristo- era el único de los que en Astorga se dedicaban a la música con conocimientos de armonía, contrapunto y fuga".

En estos primeros tiempos de aprendizaje, con las primeras mieles de chico prodigio le llegó la primera decepción, nada menos que por culpa de la Diputación Provincial de León que le negó una beca de 30 duros para estudiar música. El éxito, y rotundo, lo probó tocando la sonata "Patética" de Beethoven en el Casino de Astorga. Tenía - como dijo la prensa local- "catorce lozanos abriles" el "precoz pianista". Por entonces compuso un vals -"¡Qué vals sería!", se chanceaba el mismo compositor, setenta años después- para el juguete cómico-lírico de Inocentes *La Estufa*, de Magin

G. Revillo y Gonzalo Goy, publicado en la revista *Astórica*, 3 (1985) junto con la gaceta del estreno en *El Pensamiento Astorgano* (30 de diciembre de 1916), donde se aludía al "precioso coro de la prensa, con música original del precoz pianista Evaristo Fernández".

Al poco tiempo ("hacia el año 1917") se traslada con toda su familia a Madrid, pero acude al reclamo de los veranos astorganos, al de los abuelos y amigos, entre los que se contaba el pintor Demetrio Monteserín a quien por entonces dedicó una *Serenata*. También regresaba Fernández Blanco buscando la querencia del paisaje natal. "Iba yo en los veranos - confesó alguna vez- bajo un sol de muerte por el camino de Valdeviejas y Castrillo de los Polvazares. A mí ese paisaje tan pobre, pero tan querido me ha impresionado siempre y lo llevo dentro. Incluso en una ocasión hice música pensando en aquel lugar". Tuvo siempre el convencimiento de que se podía hacer música leonesa sin encadenarse a sus melodías tradicionales: "Con sólo recurrir a mi alma, a mis sentimientos, obtengo un resultado leonés porque mi alma es leonesa".

Como muchos otros músicos astorganos de la diáspora, Fernández Blanco se refugiaba haciendo ejercicios de nostalgia, o respondía a la llamada melódica de su tierra natal o la recomponía y recreaba en su interior. Así se explican esas danzas leonesas que puso en pie orquestalmente años después. Se sentía heredero de una tradición musical astorgana, pero muy distanciado de las formas musicales que en la ciudad imperaban.

Yo le recordaba a Fernández Blanco aquellos versos del *Libro de Alexandre*:

*"Volví los estrumentos a
vuelta connas aves,
encordaban acierto las cuerdas
connas clavés,
alzando e apremiando facien
cantos suaves,
tales que para Orfeo de formar
serien graves".*

Como quien busca en escrituras locales algún cimiento de armonía. Y le refrescaba, por conocer su reacción, las alusiones de Pedrell a una canción Francisco Salinas con letra del Marqués de Astorga,

A Madame Crisso Veropoulos.

POEMAS LIRICOS.

I.

Esperanza

Poesía de ALFREDO NISTAL.

Música de E. Fernández BLANCO.

Andante.

PIANO.

mf

ppórrcíl.

Yo le-es-pe-ra - ba en el si - len - cio

"Poemas líricos" (1923) es una de las obras más revolucionarias del músico leonés.

Pedro Álvarez Osorio; y aunque por aquellas fechas acababa de componer sus *Danzas antiguas*, se contentaba con las cercanías y con los precedentes musicales de su tiempo. Nada de erudiciones, que no era ese su estilo. Me hablaba sobre todo, de los Blanco. Y recordaba al pasodoblista Mateo Blanco y a su hijo Pedro, que llegó a ser director de la Orquesta Sinfónica de Oporto y compuso unas *Heures romantiques* que entonaban muy bien con los gustos concertísticos de la época, a medio camino entre el romanticismo y el modernismo. Evocaba, sin evaluaciones críticas, otros nombres de astorganos melódicos, aficionados de casino. Y mencionaba a Leovigildo Blanco, el recopilador de 118 canciones leonesas que armonizó y publicó con el título de *Las Mil y Una Canciones* populares de la Región Leonesa. Esa obra "es de las buenas", a juicio de Bretón.

Pero Tomás Bretón es un punto de referencia en la vida musical de Evaristo Fernández Blanco, porque fue alumno suyo en el Conservatorio de Madrid durante el curso en que el autor de *La verbena de la Paloma* se despedía de la enseñanza. Fue su último alumno, como así mismo fue el primero de Conrado del Campo. Por éste llega a conocer el joven astorgano la obra de Arnold Schönberg y en busca del padre del dodecafonismo se marcha a Alemania, becado por la Sociedad General de Autores, pero encuentra sólo a su discípulo Frank Schrecker. "Yo quería que viese mis obras, sobre todo mi poema sinfónico *Exaltación* que aunque no era atonal ni dodecafónico, sí muy arriesgado y vanguardista".

Puede decirse que la mayor parte de la obra de Evaristo Fernández Blanco y sobre todo la más representativa está compuesta antes de la guerra civil, es de carácter sinfónico y, en aquellas fechas, resultaba no-

tablemente innovadora. Pero no es este músico astorgano un mero integrador de elementos vanguardistas, sus *Poemas líricos* (1923) para canto y piano, sobre poemas del también astorgano Alfredo Nistal, son precursores del serialismo musical. El compositor y crítico Miguel Alonso ha escrito con gran responsabilidad histórica: "Es quizá la primera partitura editada en España, escrita dentro de la estética y el espíritu del serialismo, un tanto *sui generis* o si se prefiere de un preserialismo. De todos modos se trata de un acontecimiento histórico relevante, digno de tener muy en cuenta a la hora de estudiar el proceso evolutivo de la música española del siglo XX".

Toda la novedad que suponían estas canciones se fue confirmando en su obra posterior, enteramente afiliada a un contenido vanguardismo. Entre 1922 y 1932 está fechada la mayor parte de su obra, la de más ímpetu creativo y experimental. Compuso *Tres preludios para piano* (1924), *Cuarteto para cuerda* (1924), *Scherzo fantástico para gran orquesta*, *Quinteto*, *Obertura sinfónica para gran orquesta* (1925), *Divertimento para flauta, clarinete, trompa, fagot y piano* (1925), *Tres piezas breves para orquesta* (1927), *Dos Danzas leonesas para orquesta* (1932). Por esta última obra, de inspiración tradicional, estrenada en Madrid por el maestro Arbós, algunos críticos lo vincularon con la escuela nacionalista de Turina y Rodrigo, pero le quedaba lejos ese tipo de pintoresquismo melódico.

Durante la guerra civil fue delegado en Madrid del Comité de Música, que había trasladado su sede, primero a Valencia y posteriormente a Barcelona. Precisamente en la ciudad catalana, y en el año 1938, la editorial del Comité publicó varias de sus obras, entre ellas el *Trio en do mayor* y el *Movimiento perpetuo*, escritas diez años antes. Cuando el Gobierno se exilió en Francia muchas de sus partituras pendientes de publicación desaparecieron. La guerra diezmó su obra y condicionó el futuro de su vida musical. Un avión "bombardeó nuestra casa, destruyó el piso donde yo tenía toda mi obra, lo que había compuesto desde 1930. Todo quedó sepultado y perdido".

Más tarde, y por razones políticas, también perdió su trabajo en el Sexteto de Radio Unión Ugoiti de Madrid, emisora a la que estaban vinculados algunos músicos de la generación del 27 como Rodolfo Halffter, Álvarez Cantos, Bacarisse, Remacha, Bautista y hubo de permanecer escondido durante varios años en una aldea de Pontevedra, donde escribió su obra más ambiciosa, *Obertura dramática*, para orquesta, estrenada en el Teatro Real de Madrid el 26 febrero de 1983, por la Orquesta Sinfónica de Radiotelevisión Española, bajo la dirección de Enrique García Asen-

sio, cuarenta y tres años después de haber sido escrita. De aquella misma época son sus *Dos canciones amorosas* (1942), para soprano y piano.

Evaristo Fernández Blanco salió de su agujero pontevedrés, pero su actividad musical durante el franquismo se iba a quedar reducida a tocar el piano en cafetines, hoteles y teatros. Hizo giras por América Latina, siempre como pianista, con la compañía de Los Vieneses, perteneció a la plantilla de la orquesta del Teatro de la Zarzuela de Madrid y acompañó a Celia Gámez en el estreno de *La estrella trae cola*, pero no vio oportunidad de dar salida a sus obras sinfónicas y a sus piezas de cámara.

Con el advenimiento de la democracia recuperó su obra de los años veinte, su *Obertura dramática* escrita en la postguerra, aquellas piezas que le alistaron a la generación del 27, la sombra de Schönberg, los escarceos atonales y la decisión compositiva de Stravinsky, que de todo ello hay en las partituras de Fernández Blanco. Con gran dificultad, aquel "compositor injustamente olvidado" - frase que él repetía con sorna - sometido al "rigor de la incompreensión", rescató su imagen moza, la más creativa, y consiguió estrenar en la Universidad de Santander, en el verano de 1978, su *Trio en do mayor* y el *Movimiento perpetuo*.

Sus *Dos danzas leonesas*, que para Joaquín Turina, están orquestadas "con pincel fino" y constituyen - en frase de otro crítico - "una verdadera lección de cómo deben tratarse los materiales populares, al elevarlos a la suprema categoría de producción artística de primera calidad" las reestrenó Odón Alonso con la Orquesta de Radiotelevisión Española, el 18 de noviembre de 1978. La *Obertura dramática*, concebida como "ambientación musical de un drama cívico-socio-bélico", estructurada en tres movimientos, constituyó en su estreno un éxito clamoroso. García del Busto escribió que "está trazada con admirable pulso sinfónico y lograda voluntad poemática".

Su última obra, compuesta por encargo de Radio Nacional de España, se titula *Suite de danzas antiguas* (1982), y fue estrenada en el Teatro Real de Madrid, el 31 de octubre de 1985, por la Orquesta Sinfónica de Radiotelevisión Española, dirigida por García Asensio. Está integrada por un fandango, un minué, una pavana, una gavota y un saltarello. Logró un extraordinario éxito de público y crítica. "Formidable suite", decía Enrique Franco en *El País*. De ella elogiaba Leopoldo Hontañón el "firme pulso de su escritura", "ágil, suelta y clara, despierta y hábil a la hora de armonizar el espíritu primigenio de cada tipo de danza con su aportación sintáctica, tímbrica y aun armónica".

A sus 84 años de edad Evaristo Fernández Blanco recibió el reconocimiento y el

aplauzo de sus paisanos. Era el año del bimilenario de Astorga y se le rindió al compositor el homenaje que cabe hacerle a un músico: organizar un concierto para dar a conocer su obra. El 26 de agosto de 1986, se estrenó por todo lo alto un *Cuarteto cromático para dos violines, viola y violoncelo*, representativo de su vanguardismo musical, compuesto en 1924 e interpretado por el Cuarteto Slavia. La obra quiso el autor dedicarla "a la ciudad de Astorga en su bimilenario" y el Ayuntamiento editó la partitura. En aquel inolvidable concierto se interpretaron los *Poemas líricos*, una de las *Canciones amorosas*, *Tres preludios*, *Movimiento perpetuo* y se estrenó una *Sonatina*.

Desde entonces Evaristo Fernández Blanco es un músico oficialmente recuperado para la cultura astorgana, después de tantos olvidos o silencios culpables. Le llegó también, con cuentagotas, alguna justicia tardía en el mundillo de la música de cámara y en la consideración de los críticos que lo aprecian como un valor seguro, aunque de obra escasa, dentro de las corrientes de su generación.

Tras la euforia de los reconocimientos en su Astorga natal le sobrevino a Evaristo Fernández Blanco un ensombrecimiento físico que unía su avanzada edad a sus problemas de sordera. Sin embargo, aún pudo disfrutar con las alegrías compensadoras de una edición discográfica. Quizá no llegó a conocer el disco en el mercado, pero sí su grabación, que tuvo lugar en enero de 1992. En este compacto del sello RTVE, interpretado por el Trío Mompou de Madrid, hay una obra de Fernández Blanco dentro de la *Antología de la Música Española para Trio* (Vol. II), y junto a otras de Roberto Gerhard, Ernesto Halffter y Joaquín Homs.

Se trata del *Trio en do mayor para violín, violonchelo y piano*, una de las composiciones más queridas del músico astorgano y una de las que han tenido mejor fortuna. Son diez minutos trepidantes en forma de movimiento perpetuo, en los que se descubren rachas atemporadas de "Los Seis", meandros sonoros de Jazz o cadencias bailables de los años veinte, compensados por el frenetismo de un piano que golpea, galopa y se detiene para acabar de nuevo al galope. Así lo hace González Sarmiento, el pianista del Trío Mompou: "la obra corre de un solo trazo y nos asombra por su precisión y capacidad de símbolo, representación extraordinaria y perfecta de un estilo y de una época". Esta espléndida grabación viene a socorrer el silencio de su muerte y rescata, en su marco apropiado, su música más rompedora y ambiciosa.

Evaristo Fernández Blanco murió en Madrid el 23 de septiembre de 1993, a los 91 años de edad, sin que al día siguiente se diera por enterada ni tan siquiera una taca-

ña necrología en la prensa madrileña. Se cumplía de este modo una constante silenciosa de su vida, sistemáticamente silenciada. Si un bombardeo ensordeció muchas de sus obras inéditas y la pérdida de su trabajo en el Cuarteto de Unión Radio le obligó a convertirse en topo por motivos políticos, tuvo que aceptar con el tiempo la grisura del instrumento hundido en el foso, profesión que ejerció hasta su jubilación.



*Recuerdo este Cuarteto para Cuarteto
en la Ciudad de Astorga en su
bimilenario*

Evaristo Fernández Blanco

Andan por ahí censados, en alguna sociedad de autores, algunos compases bailables que Evaristo Fernández Blanco compuso durante su viaje juvenil a Europa para ayudarse en los gastos de estancia. "Esas obras me han producido más ingresos que toda mi obra sinfónica", decía el compositor astorgano cuando acababa de componer el encargo de la *Suite de danzas*. Y es que en las predilecciones musicales de su obra hay huellas popularistas y energía de vanguardia, jazz y atonalismo, cadencia y sabiduría, expresión y concepto.

Dentro de un año se cumplirá el centenario del nacimiento de Evaristo Fernández Blanco. Una fecha para recordar a quien soportó tanto olvido. Será entonces una buena ocasión para desempolvar aspectos de su biografía aún desconocidos, de ofrecer algunos entrecuñados de su vida. Que sirva este escrito de recordatorio anticipado o de pregón.

*José Antonio Carro Celada es escritor.